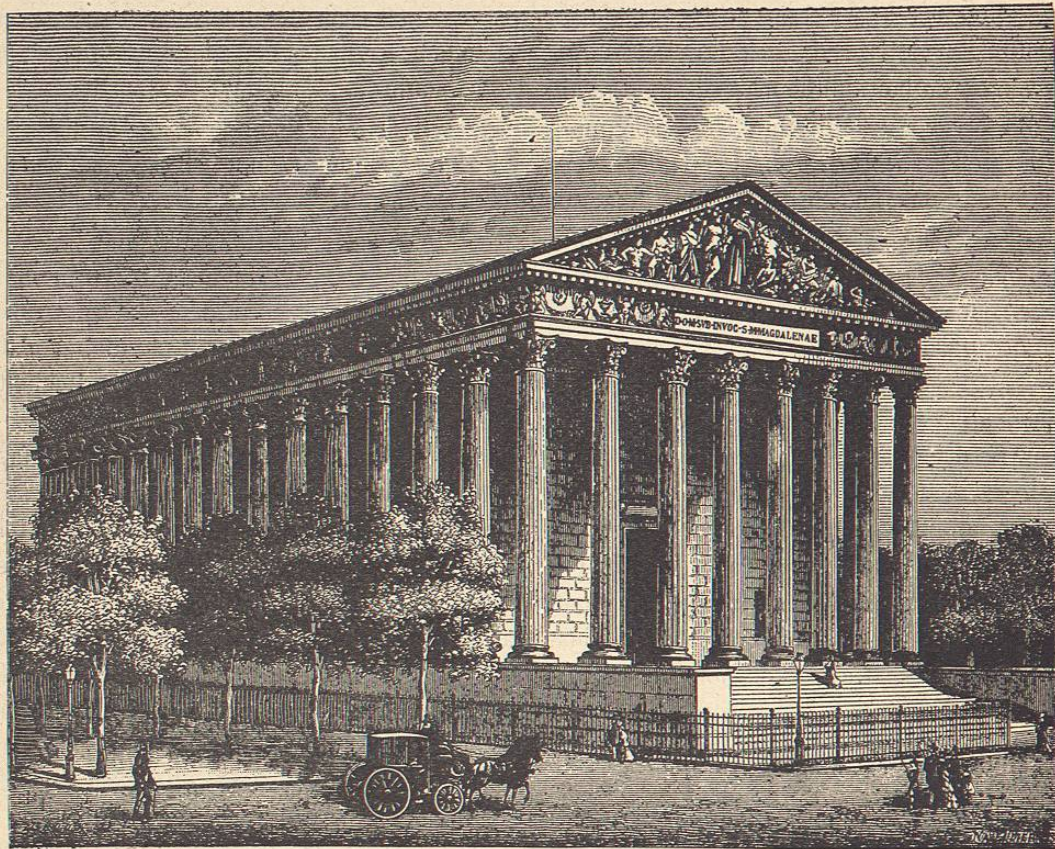


hace mucho tiempo, y se sigue paso á paso su progresión. Para prevenir las reclamaciones de la corte de España, va á ofrecerle los despojos de la casa de Braganza á la que hace significar su ultimatum; y ese reparto de Portugal no era en sí mismo mas que un medio de invadir y de encadenar insensiblemente España. En cuanto á su ultimatum, sabe que es hasta tal punto inaceptable que no espera ni siquie-



La Madalena, París

tado firmado por Napoleon, hicieron para apaciguarlo todas las concesiones que habían podido exigir un vencedor ofendido á un aliado vendido. No sólo consintieron en entrar en el bloqueo continental, en confiscar las mercancías británicas, en cerrar sus puertos á los ingleses, sino que se comprometían á declarar la guerra á ese pueblo, con el que estaba unido por una antigua alianza, persuadidos de que esta medida arrancada á su angustiosa situación no se le reputaría un crimen. En un solo punto, el regente opuso suplicantes representaciones á las condiciones dictadas por Napoleon. Consideraba como contrario á su honor, confiscar las propiedades privadas de los ingleses y no pudo resolverse á ratificar este artículo. Esto era lo que deseaba Napoleon; retiró en seguida su embajador

ra la respuesta del regente.—«Juan VI, su madre la reina María estaba loca y no falleció hasta 1816.»— para disponer de Portugal. Esta respuesta no la recibe hasta el 12 de Octubre, y ya desde el 25 de Setiembre, encargó á Duroc que se entienda con Izquierdo para el reparto de Portugal.

Los representantes de este país tan indignamente sacrificados, por haber tenido confianza en un tra-

de Lisboa, y ordenó á Junot que entrase en España para marchar á Portugal.

Al notificar al rey de España este hecho, le decía, en el mismo día 12 de Octubre de 1807. «Yo me entenderé con V. M., para hacer del Portugal lo que le convenga, y en todo caso la soberanía le pertenecerá como ha demostrado desearlo.» El rey Carlos IV, no había en modo alguno deseado ese presente incómodo, lo aceptaba contra su voluntad por indemnizarse de Etruria, pero estaba muy lejos de sospechar el partido que Napoleon quería sacar de su beneficio. Estaba lejos de figurarse de que al hacerse solidario de sus iniquidades, se pusiese á merced de su poderoso cómplice. Que el proyecto de apoderarse del todo ó de una parte de las provincias españolas, estuviere desde este momento

formado en el espíritu de Napoleon, de esto no se puede tener duda. Cuando Junot había entrado ya en España, su amo le enviaba,—el 17 de Octubre,—instrucciones en las que se leen estas significativas palabras:

«Hacedme la descripción de todas las provincias por donde paséis, de los caminos, de la naturaleza del terreno; enviadme croquis. Encargad á oficiales de ingenieros este trabajo que es importante tener. Que yo pueda ver la distancia de los pueblos, la

naturaleza del país, los recursos que presenta.» Nótese bien, que aquí se trataba de España, no de Portugal. ¡Singular manera de presentarse en un país amigo! ¿A qué podían tender tales recomendaciones? ¿Con qué objeto se hacían levantar planos por oficiales de ingenieros, en las comarcas que se iba á atravesar como aliado? Todo esto es muy extraño y sospechoso.

¿Pero á qué inquietarse? Napoleon ha reanudado sus negociaciones con Izquierdo, y en ese momento



SAVARY

mismo redactaba de concierto con él, las estipulaciones de ese famoso tratado de Fontainebleau que va á ofrecer á España la presa que desea, y dar á Napoleon su entrada en escena. Al negociador le concede las más inesperadas ventajas. Quiere que todo el mundo esté tranquilo y satisfecho. El príncipe de la Paz, objeto del odio del heredero presuntivo, teme las eventualidades del porvenir; se le constituye, pues, en el Portugal meridional, un principado independiente, desde donde podrá desafiar á sus enemigos; la reina de Etruria está descontenta y es expoliada, pues, se le dará para ella y sus hijos otro principado en el Norte con el título de Lusitania septentrional. El rey de España desea también tener su parte, pues, se le prometen la mitad de las colonias portuguesas, y al mismo tiempo se le concede el título de emperador de las dos Américas.

En este reparto de una presa tan rica, Napoleon no se olvida sino de sí mismo. Le basta haber hecho la felicidad de sus aliados, y si guarda en depósito las provincias de Beira, Tras-os-Montes, Extremadura, el centro y el corazón de Portugal, es únicamente «para disponer de ellas cuando la paz general» y en ese caso, su posesor, quien quiera que sea, deberá reconocer la soberanía del rey de España.

Sin embargo, en medio de esas cláusulas tan tranquilizadoras, se desliza una arrojada con descuido al final de un anexo que, á los ojos de un observador menos confiado que Izquierdo, le hubiere hecho presentir que contenía algo nada bueno para la monarquía española. Es el artículo que estipula «que un nuevo cuerpo de 40.000 hombres de tropas francesas se reunirá en Bayona para estar pronto á entrar en España y marchar á Portugal en

el caso de que los ingleses enviase refuerzos y amenazasen atacarle.» Es, en efecto, prevenir un contratiempo de muy lejos. Junot entra con veinticinco mil hombres; España ayuda con otros tantos. ¿Cómo suponer que esos 50.000 hombres á quienes puede España enviar tan fácilmente refuerzos vayan á encontrarse en peligro por un desembarque muy hipotético de ingleses y que fueran insuficientes para rechazarlos?

Empero, después de todo, la hipótesis no tiene absolutamente nada de inadmisibles, bien que la cifra de 40.000 hombres sea exorbitante, y que el refuerzo se encuentre de esta suerte ser mayor que el cuerpo expedicionario. El negociador español va por otra parte tomando la precaución de hacer añadir al artículo «que el nuevo cuerpo no entrará en España sin el consentimiento de las dos partes contratantes.» Lo que no se le ocurre, es, que ese cuerpo de ejército, una vez esté en frontera desguarnecida de tropas, podrá muy bien entrar sin su permiso. Napoleón es, sin duda, incapaz de faltar de esta suerte á su palabra, ¡sabido es el respeto que le merecen las fronteras!

Si el inconsiderado ministro del rey de España hubiese podido leer ciertos pasajes de las nuevas instrucciones que Napoleón dirigía á Junot el 31 de Octubre, tres días después de la firma del tratado de Fontainebleau, hubiese estado menos convencido de sus buenas intenciones y hasta hubiese principiado á concebir algunas sospechas.

En esta carta recomendaba á su lugarteniente que se presentase como amigo, lo mismo cuando «entrase en el territorio portugués que en el territorio español» asimilación que no podía tener nada de tranquilizadora, luego más abajo añadía: «Ya os he hecho conocer que, al autorizaros á entrar como auxiliar, era para que pudierais haceros dueño de la armada, puesto que mi partido está ya tomado de apoderarme de Portugal.» Apoderarse de Portugal

para España, se dirá sin duda: en modo alguno, á continuación le dice: «En seguida que tengáis en vuestras manos las diferentes plazas fuertes, poned en ellas comandantes franceses, y aseguraos la posesión de esas plazas. No tengo necesidad de deciros que no hay que poner plaza fuerte alguna en manos de los españoles, sobre todo del país que ha de quedar en mis manos.» Según los términos del tratado.

Estas tan explícitas prescripciones, enviadas á Junot luego de la conclusión del tratado, comparadas con la recomendación relativa al levantamiento de planos de las localidades españolas por los oficiales de ingenieros, y de la concentración del cuerpo de cuarenta mil hombres en la frontera de España, esas tres condiciones, decimos, indican suficientemente que el tratado de Fontainebleau, lejos de haberse tomado un sólo instante en serio por su autor, como se ha pretendido, no había sido á sus ojos más que un medio para engañar más cómodamente á España, un pretexto para introducirse en su territorio, y una entrada en materia para proyectos más vastos. Un último indicio no menos significativo de los proyectos de Napoleón, es el secreto absoluto que impone á Carlos IV respecto de todos aquellos que habrían podido ilustrarse. El tratado de Fontainebleau fué un misterio para los ministros españoles. Entre ese espíritu débil y el emperador no habrá intermediarios. ¡Un tratado por interpretar, despojos que repartir, una ocupación militar que hay que sostener de concierto, cuantos accidentes, cuantos conflictos, cuantas oportunidades imprevistas no podían salir de aquí, sobre todo en un país débil, devorado por las facciones y por un hombre tan hábil para hacerlas nacer y para explotarlas llegada la ocasión! Es todo lo que de momento necesita, por de pronto todos los elementos de un inmenso incendio se han acumulado, no falta más que la chispa; no hay más que esperar, su astucia y su fortuna harán el resto.



## CAPITULO XIV

### ESPAÑA Y PORTUGAL

Beauharnais embajador de Francia en Madrid.—Su carácter personal.—Sus relaciones.—Entra en la camarilla de Fernando.—Fernando.—Su vida.—Godoy: aumentase la adhesión pública contra él.—Sus causas.—Si tenía razón Godoy en aborrecer á Fernando.—Carácter del príncipe de Asturias.—El preceptor de Fernando: el canónigo Escoiquiz.—Aconseja á Fernando que pida á Beauharnais la mano de una princesa imperial.—Apuros del embajador.—Comunica la proposición al emperador.—Deja Napoleón á Beauharnais que se comprometa.—Su habilidad diplomática.—Obtiene de Fernando que ponga por escrito su petición.—Imprudencia y gravedad de este paso.—El escándalo del Escorial.—Arresta Carlos IV á su hijo.—Recógense sus papeles.—Cómo Fernando deshonra á su madre.—La conspiración de Fernando.—Prende Carlos IV á Napoleón para que le ayude con sus consejos.—Napoleón lo tenía ya todo preparado para la invasión de España.—Da orden Napoleón de que entre Dupont en España.—Decreta la organización de un tercer cuerpo.—Con qué pretexto quería legitimar la entrada de estas fuerzas: 11 de Noviembre de 1807.—Por qué da Napoleón contraorden á esta entrada.—Revelaciones de Fernando á su padre. Denuncia á sus cómplices.—Asístase Godoy ante la complicidad de Napoleón.—Manda sobresaer la causa criminal formada á Fernando.—Pide éste perdón á sus padres: 5 de Noviembre de 1807.—Ordénase que desaparezca del proceso todo cuanto haga relación con Francia.—Izquierdo y Champagny: exigencias de Napoleón.—Absuelve el tribunal á todos los acusados.—Disgusto en palacio.—Cómo Napoleón engañaba á Carlos IV.—Por qué tomó partido por Fernando.—De Tournon en España: su verdadera misión.—Ordena á Dupont que pase la frontera: 13 de Noviembre.—Mándale que no pase de Victoria.—Por qué se marcha á Italia Napoleón.—Marcha de Junot á Portugal.—Cómo se presentó Junot delante de Lisboa: 30 de Noviembre de 1807.—Sale la armada portuguesa para el Brasil.—Embarque y expatriación de la familia real.—Ultimos esfuerzos del regente para congraciarse con Napoleón.—No se deja entrar en Francia á su embajador.—Establécese Junot pacíficamente en Lisboa.—Gobierno de Junot.—Repréndele Napoleón su dulzura.—Ordénale varias exacciones: 20 de Diciembre de 1807.—Confiscaciones y destierros.—El pretorianismo napoleónico.—Recelos de España.—Pídense explicaciones á Napoleón.—Habilidad diplomática de Godoy.—Planes de Napoleón.—Ofrece á Luciano el trono de Portugal.—Pretende Napoleón quedarse con las provincias españolas entre Ebro y Pirineos.—Entrevista de Napoleón y Luciano.—Niégase Luciano á repudiar á su esposa.—Rehusa la corona de Portugal.—Entrega su hija á Napoleón.—Versatilidad de los planes de Napoleón.



STABA de embajador de Francia en Madrid, un antiguo miembro de la Cons tituyente, después soldado de Condé, Beauharnais hermano del primer marido de Josefina. Este, pariente de Napoleón, había reemplazado en Madrid á Beurnonville desde el mes de Marzo de 1807. Hombre sincero, leal y honrado, no podía dar lugar á sospecha alguna contra el honor de España, mientras él estuviere de representante de su patria.

Beauharnais por sus cualidades personales hubo desde luego de formar parte de la camarilla de Fernando VII, amén de esto, tenía para estar al frente de Godoy, motivos sobrados en su incierta conducta en los últimos tiempos, y como hasta aquel momento Fernando no representaba más que una causa honrada, Beauharnais pudo, guardando todas las consideraciones debidas á su posición, mostrarse afecto al príncipe de Asturias. Pero esto notorio, dió por resultado que su casa fué el centro de todas